

La Luz del Porvenir

Gracia 10 de

Marzo de 1892

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**PUNTOS DE SUSCRICION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—El valor de una mirada.—En pos del progreso.—A Antonia.

EL VALOR DE UNA MIRADA.

Hace muchos años que estando en Sevilla, vino una amiga nuestra y nos dijo: ¿Quereis venir conmigo que voy á ver á mi padre, pues me han avisado que se está muriendo?

—Sí queremos ir, le contestamos, justamente teníamos grandes deseos de entrar en un hospital cuando no es hora de visita.

Queríamos ver efectivamente todo el horror de esas antesalas de los cementerios, que desde muy jóvenes hemos sido muy amantes de estudiar con preferencia en los grandes libros sociales, y muy particularmente en los volúmenes del dolor.

El padre de nuestra amiga, anciano octogenario estaba recogido en el hospital de S. Jorje, (vulgo de la Caridad) donde se necesitaban grandes empeños para lograr una plaza; pues segun decian los que estaban allí albergados, se encontraban mejor asistidos que en su casa, y el padre de Juana habia entrado contentísimo en aquel benéfico Asilo, donde, le aseguraba á sus hijas, que era completamente feliz por que tenia (segun sus propias palabras) una buena iglesia, muchos santos y comida abundante. ¡Pobre viejo! con cuan poco se contentaba!

A los pocos meses de haberse separado de su familia enfermó hasta el punto de creer que iba á morir, y por esto su hija corrió presurosa á recibir su último suspiro.

Cuando llegamos al hospital, se nos oprimió el corazon involuntariamente, pues no sabemos por que causa han de hacer esos edificios, (al menos en España) tan tristes!... tan sombríos!... ¿Quizás los pobres no son dignos de espacio, de aire y de luz?

Cruzamos sus largas y húmedas galerías cuyas paredes estaban cubiertas de grandes cuadros cuyos asuntos místicos entristecia el alma, especialmente un Cristo en la cruz, cuyo cuerpo demacrado parecia que se separaba del lienzo, y el ánimo abatido ante tan profundos dolores en lugar de entregarse al reposo de cristiana meditación, se abismaba en el sufrimiento, que solo angustia inspiran la mayoría de los cuadros de asuntos religiosos.

¡Homòres crucificados! carnes desgarradas! mártires descuartizados! utensilios de tormento.....esto es lo que han hecho siempre todas las religiones, dominar por la fuerza, ¡fatal dominación!

Allí todo era triste! en todo habia sombra! entramos en una sala que hoy probablemente estará cambiado por completo su mobiliario, pero, que cuarenta años



atrás tenía dos hileras de camas de madera de forma de cajón, pintadas de un color gris oscuro, plomo mejor dicho. Dentro de uno de aquellos cajones, (bastante feos por cierto, pues más que lechos parecían arcones viejos,) estaba el padre de Juana rezando su eterno rosario.

Su hija decía que su padre era un santo, y si la santidad consistiera en rezar, el bueno del Sr. Francisco habrá sido en la tierra el santo de los santos, por que toda su vida la pasó rezando padre nuestros y ave Marias. Nosotros que decimos lo que dice Victor Hugo, *que creemos en la MISERIA del rezo y en la SUBLIMIDAD de la oración*, aquel rosario continuado nos parecía una monomanía inofensiva; pero no una sublime virtud. Juana abrazó á su padre, él la bendijo en latin, y la muchacha comenzó á preguntarle sobre asuntos íntimos de familia; y nosotros, no queriendo ser testigos de aquella postrera entrevista por que nos parecía que la presencia de un extraño no debía profanar aquellas últimas confidencias filiales, nos alejamos prudentemente y seguimos mirando todas las camas, que la mayor parte estaban vacías y parecían ataúdes abiertos que esperaban la llegada de los difuntos.

Salimos del salón, entramos en otro y en un rincon, habia un lecho de la misma forma que los demás, nos acercamos y vimos que estaba ocupado por un hombre al parecer no muy viejo, esto nos llamó la atención por que generalmente en aquella casa, no admitían más que á los septuagenarios y octogenarios y aquel hombre no parecía llegar á los sesenta años. Una luenga barba gris descansaba sobre su pecho, su frente ancha, pálida como el marfil, estaba surcada por una honda cicatriz y por profundas arrugas; tenia los ojos cerrados y habia algo en aquel rostro cadavérico que interesaba, no era un semblante vulgar: no; nosotros creyendo que dormia inclinamos la cabeza para verle mejor, y estuvimos largo rato contemplándole: preguntándonos. ¿Quién será? parece un hombre distinguido. ¡Desgraciado! morir aquí solo!... ¡infeliz! ¡Dios mio! no permita nunca que mi madre muera en este lugar!

Al pronunciar nosotros estas palabras, el enfermo abrió los ojos; y nos miró de una manera que entonces nos aterró: retrocedimos algunos pasos y pudo mas nuestra compasión que nuestro miedo, y seguimos mirando á aquel desgraciado que se incorporó un poco y habló algo que no entendimos, mientras murmurábamos: ¡morir solo! ¡que triste será morir aquí! y creyendo que allí se agotaba nuestra vida salimos presurosos en busca de Juana que ya venia á buscarnos.

Salimos del hospital y durante mucho tiempo, mucho, vimos en nuestra mente la figura de aquel enfermo, mejor dicho de aquel moribundo hasta que al fin se borró aquel cuadro de nuestra memoria; y cosa rara; anoche sin saber por qué, recordamos los hermosos lugares donde pasó nuestra juventud, y recordamos tambien nuestra visita al hospital de la Caridad. Vimos nuevamente al señor Francisco con su frente venerable y á su hija Juana recibiendo su bendición, y vimos la sala donde se hallaba aquel hombre de la luenga barba que tanto nos llamó la atención.

Al pensar en él, murmuramos interiormente: ¿donde estará aquel pobre espíritu? y al momento sentimos frio, un frio especial; y algo le dijo á nuestra imaginación: ¡aquí! ¡Aquí! pensamos nosotros, ¡aquí! repitió la voz; si voz puede llamarse la sensación inesplicable que contrajo nuestro ser, y desde aquel momento como si hubiesen colocado en nuestra cabeza una plancha de plomo, hemos seguido nuestras ocupaciones de costumbre; pero comprendiendo que realmente no estábamos solos nos hemos puesto á escribir, y sacudidas nerviosas nos han demostrado que un

espíritu estaba muy cerca de nosotros, y él nos dicta lo que escribimos á continuación.

“Aquí estoy, sí, aquí estoy; hace mucho tiempo que te sigo. No te he de seguir si tu endulzaste los últimos momentos de mi vida: muy joven eras entonces, casi niña, y ya en tí se revelaba lo que serias despues: ya el dolor te atraía, ya compadecías la soledad, presintiendo sin duda que sola habias de vivir.”

“Todo tiene su valor en el mundo, la hoja seca que pasa, y la gentil palmera de fruto sazonado; por esto tambien tuvo su valor la mirada que fijaste en mí, pocas horas antes de dejar yo la Tierra.” “La Tierra! infierno de los espíritus débiles! *geenma* de los réprobos!..... cuanto he sufrido en ella!..... nada me une á ese planeta! el único recuerdo agradable que de él me queda es la mirada que tú fijastes en mí. ¡Pobre Amalia! que agena estabas tú al mirarme que te estabas creando un compañero para tu peregrinación.”

“¡Cuanto vale una mirada compasiva para el que en nadie ha encontrado compasión!!”

“Y aunque mi pena era justa; pero como yo entonces no lo sabía, como me creía el más desgraciado de los hombres: por esto agradecí tu mirada, porque comprendí en ella que mi triste estado te inspiraba lástima, y nos gusta tanto á los desgraciados ser compadecidos!”

“Si tu supieras cuantas desgracias me habian abrumado! hijo bastardo de un título de Castilla sufrí todas las humillaciones de mis orgullosos hermanos, mi madre no me quiso por que yo era su padrón de ignominia, la esposa de mi padre me odiaba por que veía en mí la prueba de las veleidades de su marido, mi padre ni me quería, ni me dejaba de querer; pero ahora comprendo que él era el instrumento de mi martirio, por esto con estraña tenacidad me hacia educar en su casa, para que yo sufriera en ella mil muertes por segundo. ¡Cuán dolorosa fué mi infancia! ¡cuán amarga mi juventud!

“Mi padre al fin con su oro me dió unos padres prestados, y uno de sus mayordomos me dió su oscuro apellido; pero no su cariño; ¡siempre vivir solo!... En mi juventud amé á una mujer con frenesí, la quise con locura, pero mi hermano mayor que me odiaba ferozmente le ofreció un título que yo no tenía, y se casó con él la mujer de mis sueños.”

“Como entonces para mí la venganza era permitida, la amada de mi alma no llevó mucho tiempo su corona de duquesa, que una noche al salir de la iglesia en el momento de subir al coche me acerqué á ella disfrazado de pordiosero, le pedí una limosna, se volvió hácia mí, y le clavé un estoque en el corazón.”

“Huí al extranjero donde estuve proscrito muchos años, sufriendo todos los dolores, miserias, persecuciones, enfermedades, parecía un ser maldito, donde posaba mi planta las flores se volvian ceniza.”

“Despues de mil azares volví á mi patria pobre y envejecido; y el viejo capellan de mi familia me aconsejó que aceptase un asilo en el hospital de la Caridad y que allí hiciera penitencia si quería alcanzar el perdon de Dios. Que aun me buscaban los deudos de la mujer que amé, y aun mi hermano juraba que con mi sangre calmaría su sed; y cansado de todo comenzando por estar hastiado, de mi mismo, entré en el hospital y allí viví olvidado de todos, de todos, menos de Dios!

“¡Que tristes eran mis dias! ¡que sombrías mis noches! ¡que horribles mis recuerdos! ¡qué helado mi porvenir!”

“Allí en aquel viejo templo perdí la fé, renegué de toda creencia y pensaba que la muerte era el fin de todos los dolores, dos veces traté de suicidarme, esto

me hizo pasar por loco, y gracias que como no hacia daño á nadie, me dejaron en paz sin ocuparse de mí, solo con mis recuerdos y mi dolor, pero condenado siempre al desprecio, y á la mayor humillación. Como me creían monomaniaco, mis viejos compañeros se reían de mí, todos en la casa me señalaban con el dedo, todos huían de mí, y cuando me enterraron ni un alma compasiva elevó una oración á mi recuerdo.”

“La iglesia celebró un oficio de difuntos por honrar al establecimiento, pero nadie, nadie exhaló un suspiro por mí. Solo tú me dirigistes una mirada compasiva tres horas antes de yo espirar, y solo en tu memoria viví durante algun tiempo cuando dejé la tierra.”

“No me daba cuenta de lo que me pasaba, porque me creía vivo, gracias que ella, la mujer que me hizo ser homicida fué la primera que salió á mi encuentro, mi madre tambien me aguardaba, y otros espíritus amigos me hicieron comprender que era eterna la vida, y después... quedé solo, como cuando estaba en la Tierra. Alguien me condujo á tu estancia, leí en tu pensamiento y ví que mi recuerdo se anidaba en tu mente y entonces volví á verme en el hospital, y te ví junto á mi lecho, y escuché tu voz que decía:—¡Desgraciado! ¡que triste será morir solo!.... Aquellas palabras resonaban en mis oídos como una música divina, por que es necesario haber llorado mucho, para apreciar el valor de una mirada compasiva.”

“Desde entonces soy tu sombra, siempre voy contigo, la gratitud me une á tí. Muchas veces te inspiro, me complazco en tu progreso, sufro cuando te veo triste, cuando lamentas tu íntima soledad: Y estás en un error, tú no estás sola, que no pueden estar solos los que al entrar en los hospitales les dirijen á los enfermos una mirada de compasión.”

“En el primer hospital que entraste en tu vida te granjeaste la gratitud de un espíritu que muchas veces ha separado de tu mente amargos pensamientos. Yo no merecia ser compadecido, por esto agradezco más tu espontánea compasión.”

“Yo no tuve una madre amorosa por que habia sido parricida en más de una existencia.”

“Yo viví humillado por que fuí el azote de mis vasallos.”

“Yo no encontré amor, por que la mujer había sido mi esclava.”

“Yo tuve que morir en el hospital, por que habia incendiado repetidas veces las cabañas de mis siervos.”

“Yo viví solo por que durante muchas existencias á semejanza de Atila, donde pasaba mi caballo, no crecía la yerba. La destrucción iba conmigo, por esto no encontré casa en la Tierra.”

“Cuando un pobre llame á tu puerta compadécete; es un criminal de los siglos! es un espíritu muy enfermo, y para los físicos del alma la compasión es un gran remedio.”

“Mira, escucha, la criminalidad no desaparece por que la compasión escasea; el dia que los hombres sepan compadecer, serán inútiles los cadalsos de la Tierra.”

“Si vieras cuanto se, agradece una mirada de compasión! él que se vé odiado, de todos, él que se vé señalado con el dedo, él que escucha en son de mofa que todos le dicen á ese! á ese!...”

“¡Cuando como fiera herida no sabe donde uno guarecerse, y se siente morir, sin que una mano amiga busque nuestra diestra, sin que una voz cariñosa murmure en nuestro oído una palabra de amor, cuando se dirige al mundo la postrer mirada y se dice con desaliento: ¡Nada encontré al venir! y nada dejo al marchar! Si en esos momentos supremos vemos junto á nuestro lecho una mujer jóven

casi niña, que nos mira fijamente, y comprendiendo todo el horror de nuestra muda agonía: esclama con acento quejumbroso! ¡Desgraciado! ¡morir aquí solo!... ¡Oh! entonces..... entonces... aquella voz nos dice que hay un Dios!...»

“Quizá ninguna de tus miradas habrá tenido el valor que tuvo aquella.”

“Compadece siempre Amalia! mira que la compasión abre las puertas del cielo!”

Hemos tenido un verdadero placer al escribir este relato, él nos sirve de útil enseñanza, y procuraremos en cuanto nos sea posible querer y compadecer á los desgraciados, ya que estos en sus momentos de agonía agradecen hasta una mirada.

Adios amigo invisible; sigamos nuestra peregrinación tú en el espacio y nosotros en la Tierra; trabajemos en nuestro progreso para que en los siglos venideros seamos las lumbreras de la justicia! los mensajeros de la razón! ¡los géneos de la caridad! los grandes profetas de la luz!

Amalia Domingo Soler.

EN POS DEL PROGRESO

Avidos de progresos, venimos á la Tierra sedientos del bien, recorremos sus lugares y, ora tropezamos con un escollo, luego caemos en un abismo, salimos de él, erguimos la cabeza, miramos en derredor, pensamos, filosofamos y, una metamorfosis completa se opera en nuestro sér.

De la filosofía provocada por el sentimiento, de esa filosofía que se desprende de nuestra alma envuelta en el dolor, generalmente suele brotar un rayo de luz; y esa luz purísima que aparece á nuestra vista como una mágica visión, que refleja en nuestra mente cual astro de la mañana, que dá vida al espíritu, calor á la inteligencia y fuego á nuestras ideas, es el Progreso, que con su prepotente rayo de verdad, nos engrandece y sublima.

¡Progreso, Progreso indefinido! clama el hombre y tras él, corre veloz sin que nadie le detenga; cada segundo que pasa en la inacción, le parece un siglo comparativamente, y en esos preciosos instantes en que el espíritu se halla en la efervescencia de su deseo progresivo, es cuando se desprende de todo lo terreno, cuando se eleva por encima de lo imperfecto y, cuando realiza los grandes trabajos. Pero para llegar á este estado, es necesario llorar mucho y sufrir más, volverse todo inteligencia y penetración, para comprender y apurar el dolor hasta las héces; amar al que nos desprecia, querer al que nos calumnia para que aprenda á ser noble, compadecer á nuestros verdugos, consolar á los pobres y enseñar á los ignorantes, es preciso vivir para todos más que para sí mismo.

La humanidad, puede decirse, es un campo á medio cultivar, y que, con el asiduo trabajo moral de un puñado de espíritus fuertes, podría convertirse en ameno jardín, donde, elevando la virtud su tallo, diera ópimos y sazonados frutos.

Deber del hombre es, ir allá donde se divise un rayo de luz donde se discuta con razón y donde se demuestre una verdad; hay que prescindir poco á poco de esas miras sociales que, en más de una ocasión, cohartan nuestra voluntad y

maniatan la marcha progresiva de nuestra existencia: hay que cortar el hilo de las preocupaciones que asaltan á la imaginación, y que sólo sirven para perturbar al espíritu, quizá en los momentos más propicios de su progreso: hay que ser libre, completamente libre en nuestras ideas, máxime cuando éstas se apoyan en la razón y tienden al mejoramiento social, poniéndolas de manifiesto y estableciendo la discusión, por que de ésta nace la luz; y finalmente, debemos acoger con alegría, todo aquello que, ya sea en ciencias, ya en civilización ó en moralidad, nos descubra un algo más de lo que hasta el presente sabemos.

Las humanidades primitivas, vinieron á la Tierra con la infancia de la civilización; más tarde, las sucedieron otras que, cual tiernos adolescentes pronunciaron las primeras frases del progreso; y hoy podemos decir que, habiendo llegado á la edad madura y despojada un tanto de su ignorancia, es más prudente y reflexiva, porque la experiencia le ha demostrado que, sin trabajo no hay progreso, y sin progreso, no existe cultura ni perfección. Así es, que, si ayer corría en pos de lo desconocido con la curiosidad del niño, hoy vuela tras esto mismo con la reflexión del sábio y con el nobilísimo deseo de hallar algo más grande que le distinga de las humanidades de ayer; porque ayer, el niño, dormía; el adolescente, jugaba; el hombre, se divertía; y el anciano, solo era un cuerpo enfermo, fiel imágen de una existencia de vicios. Hoy en cambio, el niño, no duerme, sino que con su mirada, parece investigar cuanto le rodea; el adolescente, piensa; el hombre, analiza; y el octogenario, incansable en su deseo progresivo, trabaja hasta los últimos momentos de su existencia, causando la admiración y el respeto de parientes y amigos, ora difundiendo luz en todos los lugares, ora siendo modelo de honradez.

El progreso marcha, como dice Pelletan, sin que nadie le detenga; y si nos fijamos en la Historia, desde los tiempos más remotos hasta el presente, en donde quiera que nos detengamos, hallaremos grandes iniciadores del progreso, como, Franklin, inventando el pararrayos; Galileo proclamando el movimiento de la Tierra; Le Verrier, demostrando teóricamente la existencia del planeta Neptuno; Harvey, haciendo sus experimentos sobre la circulación de la sangre, descubierta mucho tiempo antes por el Médico Miguel Servet; Gall, publicando sus investigaciones anatómico fisiológicas sobre el encéfalo; Camilo Flammarión, con su libro la Pluralidad de las existencias del alma; Kardec, con la filosofía racional y supervivencia del espíritu; y otros muchos que pudiéramos enumerar, todos han ido en pos del adelanto y han contribuido en gran parte al grado de cultura en que nos hallamos.

Desde los primeros siglos hasta la Edad Media, vemos que, el fanatismo religioso, las preocupaciones y la barbárie, predominaron más que nada; en el siglo X., denominado el de la ignorancia, ésta superó á cuantos defectos existían, ofuscando de tal modo las inteligencias, que, los espíritus de aquella época, vivieron por mucho tiempo envueltos en el absurdo; en el siglo XV., llamado el de las innovaciones, las reformas sociales se sucedieron con frecuencia, porque el rutinarismo empezaba ya á hastiar á los pueblos; el siglo XVI., fué el de las bellas letras; el XVII., de la marina y del génio; el XVIII., se llamó el despertador de los pueblos; y el presente, en un principio, pareció llamarse el siglo de la industria; más tarde, unos le han llamado siglo de inventos; otros, de progreso ó de luz, Victor Hugo, de profetas, por las muchas verdades descubiertas; y nosotros le llamamos el siglo de la observación, del análisis y de la razón, porque los sábios de este siglo, no contentos con escudriñar la tierra, han dirigido su vista al espacio y, despues de un trabajo constante, de una observación prudente, de un minucioso

análisis y de una convicción profunda, han exclamado:

“¡Oh Señor cuán grande eres! ¡Nosotros creíamos habitar lo mejor de la Creación, y, este pobre planeta, es solo una partícula, comparado con la grandiosidad de tu obra! ¡Esos puntos luminosos que brillan sobre nuestras cabezas, son el reflejo de multitud de soles de millones de mundos! ¡El hombre en su pequeñez, no puede ni podrá jamás saciar su sed de investigación, porque cuanto más avanza, más maravillas encuentra ante su paso; cuanto más mira, más descubre y, perdiéndose la vista y el pensamiento en ese horizonte sin límites, se retira absorto de ver tanta extensión y tanta magnificencia sin fin!.,

Esto han dicho algunos pensadores de este siglo, y la humanidad, aunque medio dormida, ha escuchado su eco, ha restregado sus ojos y, la mayoría, se han lanzado en busca de nuevos descubrimientos y grandes verdades; verdades llenas de luz que, han sido, son y serán en todas épocas, el lapidario de las inteligencias y el tótum revoltotum de las generaciones futuras.

Hoy vemos la revolución moral, en todo su apogeo: el fanático con su misteriosa voz, quiere atemorizar al ateo y al materialista; más éstos, con sonrisa irónica, le desprecian y ridiculizan: el libre pensador, se forma una creencia más o menos racional, y no hace caso de los unos ni de los otros: los más reflexivos, contemplan á los demás en medio del dualismo y, así sucesivamente, cada uno de por sí cree obrar con justicia, cuando precisamente, todos carecen de ella; y de aquí el indiferentismo de muchos y la atonía de los más. Pero á pesar de todo, la metamórfosis se opera, los ánimos se exaltan, la muchedumbre se agolpa al peristilo de la sabiduría, se adquieren fuerzas y, cuando el fuego del deseo arde en todos los pechos y brilla en todas las miradas, la tempestad de las ideas estalla con la rapidez del rayo, y cada escuela enarbola su bandera, cada voz proclama su ideal, y, en medio de aquella confusión y de aquel torbellino de frases vertidas con frévil exaltación, se alza una voz purísima que, elevándose por cima de todas las escuelas, les dice:

“Yo soy la justicia y la razón; llevo por lema “Caridad y Amor,,; la fraternidad, es mi hermana; la ciencia, mi mejor amiga; el progreso indefinido, mi guía, y con él me marchó hácia Dios., Esta es la base principal de la Escuela Cristiana Espiritista: Progreso en la Sociedad, Progreso en las familias, Progreso en todos nuestros actos y en todos los lugares, y siempre, por medio del trabajo, en pos del Progreso, él nos conducirá á la felicidad eterna.

CÁNDIDA SANZ DE CASTELLVÍ.

Á ANTONIA.

Me dices amiga mia que no eres católica, ni protestante, ni espiritista, que no tienes religión ninguna, que el cielo y el infierno están en este mundo, que la nada existe, y que si quiero darte un rayo de luz me lo agradecerás. Voy á complacerte, pero temo que no querrás mirar esa luz que alumbra el camino de mi vida.

Educada por padres y maestras católicas, mis primeros años se deslizaron tranquilos, rezando muchos padres nuestros, aves marías y salves. ¡Con que devoción acudía al templo! ¡Con que respeto besaba la mano á los sacerdotes!

Cuando á mis padres les amenazaba algun peligro me arrodillaba delante de la virgen implorando su protección, convencida de que oiría mi ruego. (Esperanza muy amenudo fallida) pero, á medida que mi mente se desarrollaba veía muchas sombras que por medio de la razón trataba de desvanecer. A los doce años ya me asfixiaba dentro del catolicismo, su credo no satisfacía las aspiraciones de mi alma,

y la justicia de Dios era para mí enigma indescifrable. Seguí las fórmulas religiosas por costumbre, pero sin devoción. En la iglesia sufría frecuentes distracciones que me valían serias reprimendas de mi madre, pero si mis labios no rezaban, mi alma ansiaba encontrar el porqué de tantas injusticias. La primera de las virtudes teologales desapareció de mí, pero me quedó la segunda ó sea la esperanza de encontrar algo que llenase el vacío que dejó en mi corazón la falta de creencia en la religión de mis mayores. Leí indagué y encontré por fin 'lo que buscaba. Durante mi estudio una voz interior me decía. No te dejes dominar por el fanatismo, aparta de tí todas las ideas que estén reñidas con la lógica, y acoge aquellas que las guíe la sana razón. Murió mi madre, y se rompieron los débiles lazos que me unían á la iglesia católica, y comprendiendo que todas las fórmulas religiosas son un negocio que dan pingües beneficios á sus administradores, dejé de acudir al templo, pero seguí creyendo en una causa creadora é inteligente. Con la muerte de mi madre mis sufrimientos aumentaron, y me volví más estudiosa. Las injusticias de que he sido objeto no han podido volverme escéptica, siempre he creído que si hay mucho malo tambien hay algo bueno. El frío materialismo no ha podido helar mi alma, porque mi razón lo ha rechazado y admirando la previsora naturaleza he visto grabado el nombre de Dios en sus obras, y en busca de algo que mitigase mis vicisitudes estudié el Espiritismo empezando, no por la asistencia á las sesiones, ni guiada por la curiosidad de hablar con los muertos, sino leyendo la filosofía de Kardec y á cada una de sus verdades sentí un placer inmenso porque se hacía más sólida mi creencia, de que la inmortalidad del alma era una verdad. Cuando la fuerza del dolor me vence haciéndome perder por completo la serenidad, el Espiritismo acude en mi auxilio y me salva de caer en el abismo de la desesperación, en cuyo fondo encontraría el suicidio. Sé que mis creencias en nada disminuirán mis desdichas, pero si me darán valor para soportarlas. Si estudiases querida mia el Espiritismo tal como se merece tan consoladora creencia, sin fijarte si tal espiritista fué apóstota, si tal otro cumplió mal su deber, no me dirías que no crees en nada, encontrarías en la filosofía espírita mucha lógica, en todas partes verías la justicia de Dios porque aquel que estudia con imparcialidad, y sin dejarse cegar por el orgullo, sus propias faltas de hoy, adivina cual puede haber sido su ayer y la causa de sus presentes infortunios. El Espiritismo nos dá valor para soportar con resignación las heridas del alma, anula el terror á la muerte porque la muerte no existe, nuestra voluntad responsable de nuestras acciones vivirá siempre. Al leerme me tendrás por visionaria? pensarás lástima que se ocupe en estas tonterías? Nada me sorprenderá pues mis conocidos al leer mis escritos en que para nada salen mis creencias les gustan, pero cuando las espongo me miran con sorpresa y compasión al mismo tiempo porque temen acabe mis dias en un manicomio. Si este temor te asalta tranquilízate, no temas porque si algun dia la locura se apodera de mi mente, no sería el Espiritismo el causante de tal desgracia, muy al contrario, sería alguna violenta emoción que sobrepujando á mi resignación dominaría mis creencias, pero mientras la luz del Espiritismo me ilumine no pueden perturbarse mis facultades mentales porque me aparto del fanatismo, y acojo todas las ideas que apagan mi sed de justicia.

Me compadeces? Me escuchas con benevolencia porque me quieres pero sin que mis palabras te convenzan? Me pediste un rayo de luz y con todo y creer infructuoso mi trabajo he querido enseñarte el faro que ilumina el camino de mi vida y que me hace soportar las punzantes espinas que lastiman mi alma.—Adios.

ANTONIA PAGÉS.